



CICLO: "HABLEMOS DE AMOR"

BOLWIESER

Psic. Janette Nutis.

La película que acabamos de ver es una adaptación de la novela de Oscar María Graff titulada "La esposa del jefe de la estación", realizada por Rainer Werner Fassbinder en 1977. Para aproximarnos con el debido respeto a ésta que puede y debe ser considerada una obra de arte, es preciso conocer algo sobre su autor. Para poder saber qué nos desea transmitir hemos de saber desde qué espacio existencial nos está hablando.

De Fassbinder nos dice su biógrafo Ronald Hayman que de niño era maniático-depresivo. Según palabras del propio Rainer, "creció solo, como una florecilla". Salvo raros periodos en que su madre se ocupaba de él "en demasia", ninguno de los padres se interesó mucho por él. Cuando Rainer tiene entre 8 y 9 años, su madre toma a un muchacho de 17 por amante, provocándole una intensa crisis de celos.

Su padre no está más con ellos. Los ha abandonado, al igual que una brillante carrera de médico, a causa del alcoholismo.

Sintiéndose rechazado, trata de evitar la relación con su madre pero permanece fijado sádicamente a ella. Nunca la abandonará. La hará participar incluso en algunas de sus



películas, tratándola con igual o quizá mayor violencia que al resto de los actores.

En su biografía, Fassbinder es descrito como un manipulador que jugaba con la gente. Temperamental, impaciente, celoso y vengativo, era adicto al alcohol y la cocaína. Podía ser generoso hasta el extremo o excesivamente brutal y ante todo despiadado. De él se dijo que no se sabía si era un genio o un loco.

Sus relaciones homosexuales fueron una repetición de la relación sado-masoquista que vivía con su madre. Su vida fue tormentosa, caótica, y siempre congruente consigo mismo, le puso fin por su propia mano a los 37 años de edad.

Esta congruencia en todo lo que hace, en su forma de vivir no puede menos que estar presente en su obra. Fassbinder buscará reivindicar, elaborar, quizá trascender su conflictiva personal a través de cada película. En forma obsesiva nos hablará de sus preocupaciones, sus miedos, sus pasiones, en una palabra: su vida.

"Bolwieser" no es la excepción. En ella nos retrata con exquisita nitidez cómo se vive indefenso ante la mujer y la sociedad. Nada preocupa más a Fassbinder que la soledad y la angustia que resulta de ella. De hecho, los dos temas que confluyen paralelamente en esta historia, la búsqueda del amor y la lucha entre la opresión social y el aislamiento, estarán presentes en todas sus cintas.

Fassbinder nos dice de sus protagonistas: "Bolwieser ama; Hanni manipula". -Quien realmente manipula es el propio



186

Fassbinder, que busca seducirnos con su magia y erotismo para que enloquezcamos con él.

Al igual que Bergman, se complace de manera particular en crear imágenes de encarcelamiento. Dentro del marco de la pantalla, incluye marcos internos para circunscribir la figura humana.

En Fassbinder no hay sorpresas. Desde las primeras escenas nos dice claramente de qué se va a tratar esta historia.

Es un melodrama pero al revés, aquí el que sufre es el hombre, la mujer, quien lo hace sufrir.

El director quiere que veamos a Bolwieser como un pobre sujeto que sufre porque ama demasiado. La pregunta es si en primer lugar este hombre puede amar.

¿Quién puede evitar sentirse enternecido frente a la imagen del pajarillo en su jaula? Su canto omnipresente nos da el tono de la obra. Aunque sea por un momento, Fassbinder logra hacernos sentir lo que el quiere, logra que nos coludamos con su sentimiento de auto-compasión; compasión, no en el sentido frommiano de "padecer con", "sentir con el otro", sino en el más triste de los sentidos, aquél donde imperan la lástima y la desesperanza invalidadora.

Atrapados junto con él en su cárcel, podemos decir: "¿Y qué se puede hacer sino echar bravatas infantiles y estériles? ¿Cómo luchar contra quienes tienen el poder?".

No sólo Hanni tiene poder sobre su marido. El carnicero, figura recurrente en la obra de Fassbinder, representa el poder



de la burguesía en ascenso. Masoquistamente, el director lo dota de todos los atributos con que se reviste a los seres arquetípicos. Tiene poder económico, posee conocimientos, fuerza, virilidad y belleza física excepcional, de lo que especialmente Rainer se siente celoso. Merkl no se detiene ante nada con tal de satisfacer su enorme ego.

Por otro lado, se venga de él, y junto con él de la sociedad a quien critica por hacer demasiadas concesiones al nazismo, dándole un papel que simboliza la relación entre el consumo y el exterminio masivo y organizado. Merkl manipula por igual la carne de la mujer y la otra con extraordinaria asepsia; anuncia al futuro nazi.

Además de sádico, Fassbinder es voyeurista. En buen español, es un chismoso. Nos lleva con él a espiar tras las ventanas de un pueblo habitado por voces y ojos, nos pone tras las cortinas, las puertas, incluso, tras las espaldas de la sociedad. En este lugar, nadie es capaz de hablar de frente.

Fassbinder nos presenta en este marco a un hombre impotente ante la vida, manipulado por una mujer perversa que no se detiene ante nada por obtener la satisfacción de sus necesidades; un burócrata mediocre, aplastado por las adversas circunstancias, cae víctima de la sociedad y de su mujer. Bolwieser es inculpaado. La sociedad no le perdona que no haya sostenido su palabra, que haya desperdiciado su última oportunidad para reivindicarse, pero la verdadera culpable queda libre. La mirada reprobatoria de la



188

sociedad es su único castigo. Más tardan en procesar a su marido que ella en continuar alegremente su vida.

Ante tan abrumadora evidencia, ¿podemos sorprendernos de que el hombre sea impulsado tan implacablemente a ese destino fatal?

Analicemos ahora a nuestros personajes no ya como criaturas de Fassbinder sino como "seres en el mundo".

Bolwieser es un hombre-niño, intensamente fijado desde la etapa pre-genital a una madre fría y rechazante. Al igual que el propio Fassbinder, está atrapado en la cárcel de la simbiosis. No logra acceder al estado de "separatidad", de individualidad indispensable para poder amar. Su alternativa es dramática: para poder sobrevivir, debe negar la realidad. Debe cerrar los ojos ante las contundentes evidencias. No puede permitirse nada que pueda disgustar a la esposa-madre. Víctima de su orientación caracterológica oral-pasiva, se somete a la mujer con la eternamente insatisfecha fantasía de que le brindará protección y afecto. Bolwieser podría cantarle a su mujer aquello de que "el tiempo que te quede libre, si te es posible, dedícalo a mí".

Como un bebé, se relaciona con el mundo a través de la boca. Para él, todo es comida, incluyendo a su mujer, como amargamente se lo reprocha Hanni. Es incapaz de actividad y esfuerzo, se deja querer, quiere comer con la boca abierta, dispuesta a recibir, a que alguien ponga ahí mismo el alimento.

La sexualidad en él no es más que un estado orgiástico que por un momento hace desaparecer la soledad y la angustia, sólo para acentuar cada vez más la sensación de separación. El acto



sexual está supeditado a otros influjos, a pasiones diferentes ajenas a la relación sexual primitiva y biológica.

Es en su relación con el amor donde el sexo alcanza su expresión más pura, más humana. Sólo así se convierte en un acto de comunión que conduce al éxtasis. No hay dolor, miedo ni ansiedad; sólo plenitud, paz, tranquilidad.

Para poder amar así se requiere confianza, en uno mismo y en el otro. El amor, la objetividad, la auto-realización y el empleo adecuado de la razón, elementos determinantes de la madurez, están ausentes en el protagonista.

En cuanto a Hanni, no basta decir que es narcisista. Hay que decir por qué. El narcisismo no es una expresión de amor propio sino de distanciamiento, enajenación de la propia persona. Resulta por tanto incapaz de amar a su persona o a cualquier otra.

Si bien Freud creía que este fenómeno tenía un origen biológico, Fromm nos señala la importancia fundamental de los factores culturales en el desarrollo del carácter y la personalidad.

Hoy las mujeres han conquistado un espacio prácticamente ilimitado para desarrollarse como individuos, pero en la provincia alemana de los 20's en que vive Hanni, las cosas son muy distintas.

Con las agravantes que toda provincia tiene respecto de la capital, es una época en que la mujer vive apartada de las grandes responsabilidades económicas. Sus labores se reducen al



190

círculo familiar. Puesto que sus relaciones con los hombres y los niños son su única esperanza de felicidad, seguridad y prestigio, el amor representa un valor real. Hay, pues, motivos para atribuir demasiada importancia al amor y exigir de éste más de lo que puede dar.

A Hanni se le reduce aún más este ya limitado espacio: su narcisismo no le permite siquiera el reducto de los hijos. Puesto que las únicas actividades de la mujer son desempeñadas a través del hombre, el agradarle se convierte en algo de vital importancia. El culto a la belleza y el encanto, son derivados de esta necesidad, más el conceder semejante importancia a la atracción erótica implica la angustia de que, con el tiempo, se perderá el encanto. Si bien envejecer es un problema para todos, se convierte en un desesperado mal cuando la juventud es el centro de atracción. Este temor tiene forzosamente que crear un sentimiento de inseguridad ante la vida.

Para trascenderla, la mujer busca unirse a un hombre que pueda admirar pero como éste nunca está a la altura de sus valores ideales, se ve obligada a dejar, uno tras otro, a todos los hombres que le gustan porque no saben amarla del modo que ella cree necesario.

Desde el punto de vista del desarrollo psico-sexual, mientras que el niño comienza su vida con la fusión-complementariedad con su madre; la niña la inaugura con la división cuerpo-espíritu: es amada como niña pero no deseada como cuerpo de hija. Durante el aseo y los cuidados, la madre no



acaricia su sexo ya que se considera que éste está constituido por su vagina y por lo tanto, está oculto. El clítoris es ignorado, perdiendo así su posibilidad de ejercer la única función que tiene, la de dar placer. No pudiendo ser objeto de satisfacción para su madre en el plan sexual, sólo podría serlo para su padre, quien generalmente se encuentra ausente o distante. Sólo el padre podría darle una posición sexual confortable puesto que ve el sexo femenino como complementario al propio y por lo tanto, indispensable para su placer. La niña, así, obtiene una identificación sexual con una madre incapaz de gozar y amar su cuerpo pero no logra una identidad sexual satisfactoria y plena. Se dice que se convierte en histérica porque invoca de continuo la mirada del otro para responder de su identidad sexual. Parafraseando a Descartes, Hanni podría decir "gusto, luego existo".

Los sentimientos de culpa son disociados de la conciencia. Hanni no se siente culpable de engañar a su marido porque se vive víctima de un demonio que la posee y la obliga a actuar compulsivamente, en forma casi hipnótica debe responder a la seducción del hombre. Además, se disculpa, "Bolwieser no pierde nada; ¿no ve que no puedo evitarlo?"

El único momento en que los protagonistas se confrontan queda borrado a la mañana siguiente, tal como sucedería con un mal sueño.

Vistos así, tanto Bolwieser como Hanni son víctimas de una





192

de las pasiones más fundamentales tanto en el hombre como en la mujer: la poderosa tendencia incestuosa.

El deseo de protección, la satisfacción del narcisismo, el anhelo de verse libre de los riesgos de la responsabilidad, la libertad y el conocimiento y el deseo de amor incondicional aunque en forma diversa, son características comunes a ambos cónyuges. Esta pareja no ama; lo que los une es la simbiosis.

Bolwieser termina su historia en una cárcel nada simbólica. Cinco años más tarde, Fassbinder buscará la muerte, "el último incesto", como diría Freud.